

Amin Maalouf

El desajuste del mundo

Cuando nuestras civilizaciones se agotan

Traducido del francés por María Teresa Gallego Urrutia

El siglo XXI ha empezado con notables síntomas de sufrir serios desajustes. Desajuste intelectual, caracterizado por un desencadenamiento de afirmaciones identitarias que hacen difícil toda coexistencia armoniosa y todo verdadero debate. Desajuste económico y financiero que está arrastrando a todo el planeta a una zona de turbulencias de consecuencias imprevistas y que es en sí mismo el síntoma de una perturbación de nuestro sistema de valores. Desajuste climático, resultado de un largo cúmulo de irresponsabilidades... Ante este panorama, Amin Maalouf se pregunta si la humanidad ha alcanzado el techo de su incompetencia moral.

En *El desajuste del mundo*, Maalouf intenta entender y explicar cómo se ha llegado a tal situación y cómo se podría salir de ella. Para el autor, el desajuste del mundo tiene menos que ver con el «choque de civilizaciones» que con el agotamiento simultáneo de nuestros modelos sociales. Sobre todo, los de los dos ámbitos culturales con los que se identifica: el occidental y el mundo árabe. El primero, por ser poco fiel a sus propios valores; el segundo, por hallarse encerrado en un impasse histórico.

Un diagnóstico inquietante el de Amin Maalouf pero que desemboca en una nota de esperanza. Según el autor, el periodo agitado en el que entramos podría llevarnos a elaborar una visión por fin adulta de nuestras identidades, de nuestras creencias, de nuestras diferencias y del destino del planeta que compartimos.



Amin Maalouf

AMIN MAALOUF nació en Líbano, en 1949. Estudió economía, política y sociología. Trabajó en el diario *An Nahar* como responsable de la sección de internacional, medio con el que viajó por países como Etiopía, Somalia, Bangladesh o Vietnam, en donde fue testigo de la batalla de Saigón. En 1975, cuando estalló la guerra de Líbano, se exilió en Francia en donde trabajó como redactor jefe de la revista *Jeune Afrique*. Actualmente se dedica exclusivamente a la creación literaria. Cultiva la narrativa, el ensayo y la ópera. Toda su obra está publicada en Alianza Editorial. Entre los numerosos premios que ha recibido, cabe destacar el *Maison de Presse*, por su novela *Samarconda*, y el *Goncourt*, por *La roca de Tanios*.

Hemos entrado en este siglo nuevo sin brújula.

Ya en los primerísimos meses ocurrieron acontecimientos preocupantes que mueven a pensar que el mundo padece un desajuste de suprema envergadura y, además, en varios ámbitos al mismo tiempo: desajuste intelectual, desajuste financiero, desajuste climático, desajuste geopolítico, desajuste ético.

Cierto es que también asistimos, de vez en cuando, a inesperados vuelcos salutíferos; empezamos entonces a creer que a los hombres, al verse en un callejón sin salida, no les quedará más remedio que hallar, milagrosamente, procedimientos para dar media vuelta. Pero no tardan en aparecer otras turbulencias que dan fe de impulsos humanos muy otros, más opacos, más habituales, y volvemos a preguntarnos si nuestra especie no ha llegado, por decirlo de alguna manera, al umbral de incompetencia ética, si sigue acaso avanzando, si no acaba quizá de iniciar una regresión que

pone en entredicho lo que tantas generaciones sucesivas se habían esforzado por edificar.

No se trata aquí de las angustias irracionales que acompañaron el paso de un milenio a otro, ni de las reiteradas imprecaciones que no dejan de espetar desde siempre quienes temen los cambios o se escandalizan ante su cadencia. Mi preocupación es de otro orden: es la de un adepto de la Ilustración que ve cómo las Luces oscilan, se debilitan y, en algunos países, están a punto de apagarse; es la de un apasionado de la libertad, que la creyó en trance de extenderse por el conjunto del planeta y ve ahora cómo se perfila un mundo en el que no va a tener ya cabida; es la de un partidario de la diversidad armoniosa a quien no le queda más remedio que presenciar, impotente, cómo crecen el fanatismo, la violencia, la exclusión y la desesperación; y es, ante todo y sencillamente, la de un enamorado de la vida que no quiere resignarse ante la aniquilación que la acecha.

Insisto, para que no haya malentendido alguno, en que no soy de esos que les ponen mala cara a los tiempos presentes. Me fascina cuanto nos aporta esta época nuestra, estoy siempre, impaciente, al acecho de los últimos inventos, que incorporo acto seguido a la vida cotidiana; soy consciente de que pertenezco, aunque no fuere más que por los adelantos de la medicina y de la informática, a una generación privilegiadísima si la comparamos con todas las anteriores. Pero no puedo paladear con sosiego los frutos de la modernidad si no tengo la seguridad de

que las generaciones futuras van a poder paladearlos en no menor grado.

¿Serán acaso excesivos mis temores? Por desgracia, no lo creo. Antes bien, me parecen más que justificados, y, en las páginas que vienen a continuación, pondré todo mi empeño en demostrarlo, no para acumular piezas de convicción en un sumario, ni para defender, por amor propio, una tesis personal, sino, sencillamente, para que los demás oigan este grito de alarma; mi ambición primordial es dar con las palabras justas para convencer a mis contemporáneos, a «mis compañeros de viaje», de que el navío en que nos embarcamos va ahora a la deriva, sin rumbo, sin meta, sin visibilidad, sin brújula, por un mar embravecido, y que sería menester reaccionar urgentemente para evitar el naufragio. No nos bastará con seguir avanzando con el impulso inicial, a trancas y barrancas, navegando a estima, rodeando unos cuantos obstáculos y dejando que el tiempo solucione las cosas. El tiempo no es nuestro aliado, es nuestro juez, y ya estamos con un aplazamiento de condena.

Aunque la imaginería marinera se venga espontáneamente a la cabeza, quizá debería ante todo explicitar esos temores míos con esta constatación simple y escueta: en la etapa actual de su evolución, la humanidad se enfrenta a peligros nuevos, sin parangón en la Historia, y que requieren soluciones mundiales inéditas; si nadie da con ellas en un futuro próximo, no podremos preservar nada

de cuanto constituye la grandeza y la hermosura de nuestra civilización; ahora bien, hasta el día de la fecha, pocos indicios hay que nos permitan esperar que los hombres van a saber superar sus divergencias, elaborar soluciones creativas y, luego, unirse y movilizarse para empezar a aplicarlas; hay incluso muchos síntomas que hacen pensar que el desajuste del mundo está ya en una fase avanzada y que será difícil impedir una regresión.

En las páginas que vienen a continuación, no trataremos esas perturbaciones varias como otros tantos dossiers separados, ni tampoco de forma sistemática. Me comportaré más bien como un vigilante nocturno en un jardín, el día siguiente de una tormenta y cuando ya se está anunciando otra más fuerte. El hombre camina con paso cauto, llevando una linterna en la mano; dirige el haz de luz hacia un macizo, luego hacia otro, explora un paseo, da marcha atrás, se inclina sobre un árbol viejo desenraizado; se encamina luego hacia un promontorio, apaga la luz e intenta abarcar con la mirada toda la panorámica.

No es ni botánico, ni agrónomo ni paisajista, y no hay nada en ese jardín que sea propiedad personal suya. Pero ahí es donde vive con las personas a las que quiere y todo cuanto pueda afectar a esa comarca lo toca de muy cerca.